

UNIDOS A CRISTO VENCEDOR

Alocución en la Reunión de Pastoral de la Arquidiócesis de Caracas,

14 de marzo de 2017, +Jorge L. Urosa Savino, Card. Arzobispo de Caracas

Hemos iniciado la Cuaresma escuchando la proclamación del triunfo de Cristo sobre el demonio en el Evangelio de San Mateo. Al término de su largo período de ayuno y oración, Jesús fue tentado por el diablo, el enemigo por excelencia de la felicidad humana. Y Jesús lo derrotó (Mt 4, 1-11).

Ese dramático diálogo revela la conciencia que Nuestro Señor tenía de la grandeza y absoluta primacía de Dios para el ser humano: “No tentarás al Señor tu Dios”... Ante la riqueza, la gloria y el poder, El responde: “Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás”...Y ante las necesidades corporales y las exigencias de la concupiscencia El replica: “no solo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

Cristo derrota así al diablo, nuestro permanente enemigo, con la profunda convicción de la grandeza de Dios y de la superioridad del amor y la unión con Dios por encima de las cosas terrenales, y de la soberbia y la ambición humana.

SUPERAR LAS TENTACIONES COMO CRISTO

Pues bien, mis queridos hermanos y hermanas: la Cuaresma nos invita a considerar en esa misma línea de Cristo las cosas de ese mundo, nuestras necesidades y anhelos, nuestra relación con Dios, a la luz de ese diálogo dramático. También nosotros padecemos muchas tentaciones: la soberbia, pensando que podemos hacer cualquier cosa, y que Dios nos libraría del fracaso o del pecado...; la gloria y el poder que nos puede dar el dinero o el éxito, por encima de la grandeza de Dios; las cosas terrenales, los bienes de este mundo que serían más importantes que la Palabra y el amor de Dios...

Los seres humanos todos estamos permanentemente tentados, y es preciso que nosotros aprovechemos la Cuaresma para reafirmar, como lo hizo en el desierto Jesucristo Nuestro Señor, nuestra opción fundamental de servir y amar a Dios por sobre todas las cosas; de no dejarnos tentar por el dinero o el poder, de no andar buscando la comodidad y las cosas materiales.

Se trata del combate contra el pecado, contra la soberbia, contra las tentaciones de la carne. Se trata de reafirmar nuestra vocación al sacerdocio y a la vida consagrada, purificando nuestra conducta de alguna debilidad que hayamos podido permitirnos en el curso del tiempo.

NO PODEMOS SERVIR A DIOS Y AL DINERO

En concreto, es preciso que nosotros, sacerdotes y diáconos, religiosas y religiosos, reafirmemos nuestra voluntad de no dejarnos arrastrar por el demonio a ningún pecado, a ninguna falta contra los diez mandamientos, a ninguna traición al amor sublime de nuestro amoroso y misericordioso Señor. Es necesario que reafirmemos nuestra firme y feliz decisión de seguir a Jesucristo por el camino de los consejos evangélicos, a los cuales todos estamos llamados, inclusive los sacerdotes diocesanos, pues también nosotros hemos sido llamados a la perfección de las virtudes: “sean perfectos como su Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 48). En concreto, además, es preciso que reafirmemos nuestra voluntad de preferir a Dios antes que al dinero. No podemos servir a dos señores, nos dice Nuestro Señor Jesucristo: No podemos servir a Dios y al dinero (Cfr. Mt 6, 48).

La mayoría de nosotros, de una manera u otra, estamos llamados a administrar bienes de la Iglesia. Pues bien: es preciso que lo hagamos con profunda fidelidad al Señor, procurando el bien de la Iglesia, de nuestras comunidades, y nunca aprovechándonos de los bienes eclesiásticos, como si fueran posesión nuestra. Somos simples administradores, y lo que realmente nos interesa es ser hallados fieles (1 Co 4, 2).

Mis queridos hermanos y hermanas:

Acojamos el llamado a vivir a fondo esta Cuaresma. A *convertirnos*, es decir, a rechazar cualquier asomo de pecado, y a avanzar con entusiasmo por el camino de la imitación de Cristo, teniendo sus mismos sentimientos, como nos pide San Pablo (Fil 2, 5-11).

Que al celebrar el triduo pascual estemos firmemente unidos a Cristo, triunfador en el combate espiritual: con generosidad en nuestra labor pastoral, en el desprendimiento del dinero, en la dedicación religiosa a nuestro ministerio, en la fidelidad a nuestra vocación a la santidad, a vivir en el amor, a estar con Cristo siempre.

Invoquemos para ello la maternal intercesión de María nuestra madre amorosa. Que como ella, estemos siempre dispuestos a escuchar y cumplir la Palabra de Dios, el cual es el único camino hacia la felicidad (Lc. 11, 28). Amén.